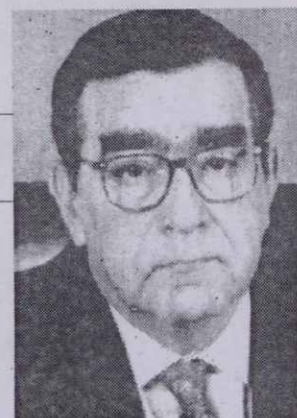


MI MEDIO CENTENARIO DEL CINE

¡BIENVENIDO MR. VALENTI!



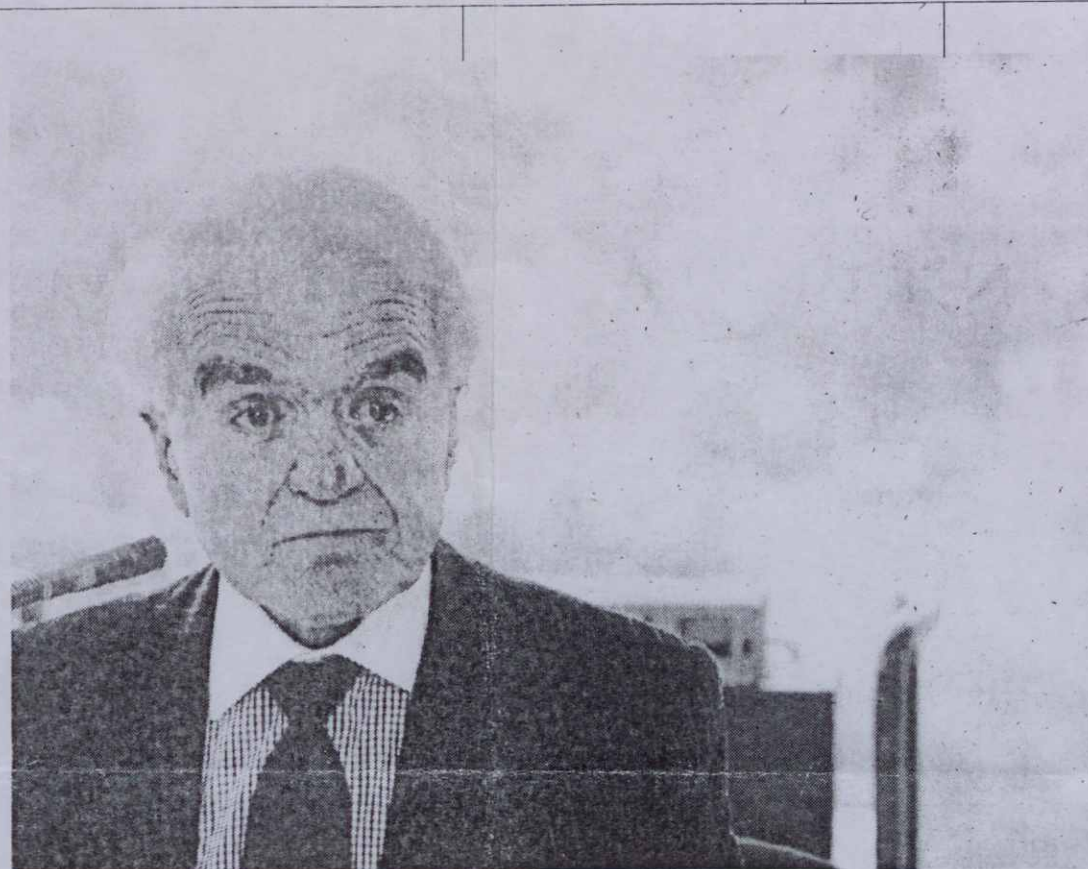
JUAN M.
LAMET

Durante 1994 las películas norteamericanas recaudaron en España 31.513.381.299 pesetas, sustanciosa cantidad que equivale al 72,34 por 100 del total nacional en salas convencionales de exhibición. Para que el lector se haga una idea de la envergadura de este trozo del pastel que se engullen, vía divisas, nuestros socios atlánticos, baste recordar que el cine español, a lo largo de ese mismo año, se contentó con 3.099.559.941 pesetas, es decir, con el 7,12 por 100 de su propio mercado.

Si estuviera tentado de suspicacia, sumaría a esos treinta y un mil millones declarados norteamericanos los sospechosos 3.777.946.324 del Reino Unido (8,67 por 100), una cinematografía demolida por la señora Thatcher, y pasaría a referirme a un 81,01 por 100 de dominio anglosajón sobre nuestras exhaustas pantallas. No en vano el director británico Stephen Frears (*Mi hermosa lavandería*, *Café irlandés*) declaró a propósito de esta última película que "en Inglaterra sólo se puede hacer este tipo de cine con el apoyo de la televisión, ya que la industria depende mayoritariamente del capital americano, y dentro de sus cauces no son viables las producciones independientes".

Pero voy a atenerme a los datos oficiales facilitados por el Instituto de la Cinematografía y las Artes Audiovisuales, y así nadie podrá acusarme de demagogo, aunque durante mi paso por la Dirección General de dicho Instituto me viese obligado a denunciar ante las autoridades holandesas el que una película tan *made in USA* como *Instinto básico* pretendiese entrar en España con certificado de nacionalidad de dicho país de la Unión Europea.

Lo cierto es que, con fraude o sin fraude, con demagogia o sin ella, a gusto o disgusto de cada cual, el cine norteamericano ocupa el primer puesto del *ranking* de recaudaciones y espectadores no sólo en España sino en todos y cada uno de los países de nuestro entorno comunitario. Sería absurdo negar tal evidencia. Pues bien, pese a este panorama que el sentido común calificaría de altamente beneficioso para los intereses de Estados Unidos, el señor Jack



PRESENCIA EN MADRID Jack Valenti dio una conferencia el pasado 17 de octubre en el Washington Irving Center.

Valenti, presidente de la MPAA, asociación que engloba a las poderosas multinacionales de Hollywood, no se siente satisfecho.

Como un padre provincial visitando uno de los colegios de su demarcación territorial, el señor Jack Valenti nos ha hecho el honor de pasar unos días entre nosotros para amonestarnos fraternalmente por la escasa calidad de nuestros productos, aconsejar a los altos cargos del Ministerio de Cultura las reformas que deberían emprenderse, repartir caramelos en forma de promesa de becas para que los profesionales europeos aprendan de una vez a hacer películas conviviendo una

temporada entre sus colegas norteamericanos, y bendecir a la derecha venidera porque de ella será el reino de los cielos de la libre competencia. ¡Bienintencionado señor Jack Valenti!, cuyo único error ha sido permitir que el Servicio de Información de la Embajada de los Estados Unidos de América, o si lo prefieren el *Washington Irving Center*, repartiese su biografía previamente a su visita.

Porque el señor Jack Valenti, cofundador "de la agencia de asesoramiento político *Weekly & Valenti*" y que "en 1953 conoció al hombre que tendría más influencia en su vida, Lyndon B. Johnson, que entonces era líder de la mayoría en el Sena-

do", de quien fue el primer colaborador especial nombrado por el nuevo presidente" tras el asesinato en Dallas de John F. Kennedy; el señor Jack Valenti, digo, cómo puede comprobarse en cualquier hemeroteca, también ha venido para advertirnos de que no es bueno mezclar el cine con la política, sorprendente sarcasmo que más que irritación produce hilaridad.

Lo que el señor Jack Valenti pretende, por activa y por pasiva, es lo mismo que toda esa cohorte de quintacolumnistas españoles que viven a su costa, sean distribuidores, exhibidores o prestigiosos bufetes de abogados: que el Ministerio de Cultura le dé el carpetazo definitivo a las licencias de doblaje, invento genuinamente nacional —y por ello vilipendiado— según el cual para que una película norteamericana pueda hacerle la competencia, en su propio idioma, a las españolas, la distribuidora que pretenda comercializarla debe adquirir los derechos y exhibir previamente, según los baremos que marca la ley, otra europea. El día, quizá no muy lejano, en que el señor Jack Valenti consiga este anhelado objetivo, no creo que se moleste en volver a visitarnos. Todo el mercado cinematográfico español será ya suyo.

Hace un par de años, el por entonces ministro de Cultura, Jordi Solé Tura, se entrevistó en mi pre-

sencia con el, también por entonces, vicepresidente de la citada MPAA, señor Myron Karlin. Argumentaba certeramente Solé Tura que el problema de las películas norteamericanas en España no lo planteaban los grandes éxitos de taquilla, por lo general unidos a obras de impecable calidad técnica, sino los subproductos cuya contratación se imponía "en lote" al socaire de los primeros. El señor Myron Karlin respondió con desparpajo: "Nosotros somos conscientes de que hacemos películas buenas, regulares y malas; pero venderlas, las vendemos todas."

Yo sospecho que no sólo las venden todas sino que van a por todas.

JUAN RAMÓN PUJOL